

# PARTE CRITICA.

---

## INDULGENCIA PERPETUA.

---

La mayor indulgencia y mas ámplia que ha conocido y concedido hasta ahora nuestra madre la iglesia es la *plenaria*, y siempre hemos creído que en diciendo *plenaria* estaba dicho todo, y que ya en materia de indulgencias no podia haber mas. Pero el gobierno español, mas generoso que la iglesia, ha ideado y concedido y está otorgando una indulgencia, no solo *plenaria* sino tambien *perpétua*. ¡Y luego dirán que el gobierno del hermano Narvaez no es indulgente!

Esta indulgencia *plenaria* y *perpétua* se la ha concedido el gobierno á los carlistas ó montemolinistas. En cualquier tiempo y ocasion que los facciosos montemolinistas quieran y éntre en sus cálculos acogerse á indulto, le tienen completo y *plenario*. Siempre hasta ahora se habia señalado un plazo mas ó menos largo, segun las circunstancias, dentro del cual las ovejas descarriadas pudieran volver al redil. Ahora cuando quiera que lo hagan, parece estar seguras de alcanzar indulgencia *plenaria* de todas sus culpas y pecados, y como el plazo parece ser indefinido, la indulgencia es tambien *perpétua*.

Mi paternidad tiene una verdadera satisfaccion en ver que los cabecillas mas rehacios y pertinaces del carlismo se van acogiendo y presentando á indulto con la humildad de unos

mansos corderos, y de ello me alegro con toda mi alma, porque es gente con quien no he podido congeniar nunca. Pero témome mucho que una indulgencia tan *plenaria* y tan *perpétua*, al ver lo que aprovecha á algunos, no haga caer á otros en tentacion de merecerla. Porque podrán decir: «si en todo tiempo y lugar, por grandes y feos que sean nuestros pecados, estamos seguros, no solo de alcanzar la indulgencia plenaria, sino acaso hasta de recibir á mas de la indulgencia un premio, salgamos por esos campos de Dios, y démonos prisa á pecar y á hacer fechorías, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de un gobierno que nos convida á entrar por las puertas del indulto, abiertas para nosotros perpétuamente.»

Y podrán dar en el quid de hacer de la vida facciosa y guerrillera una especulacion de las mas lindas y lucrativas que se pueden discurrir ni inventar. Pues con levantar un prógimo una partidilla, titularse ó hacerse titular comandante ó coronel, echarse á invadir pueblos indefensos, recoger los maravedises que puedan del comun ó de los particulares por via de contribucion ó de empréstito forzoso á nombre del futuro rey que dicen que proclaman, ir de allí á otra parte y hacer lo propio, llevarse á cuatro ricachones en rehenes hasta que suelten la mosca que les fuere impuesta, evitar el encuentro con las columnas por un par de meses, y cuando ya tengan los bolsillos repletos, presentarse á indulto seguros de obtenerle *plenario*, con reconocimiento acaso de sus grados, empleos y *honorés*, quizá con dinero encima, ú ofrecido ó dado de antemano, segun malas lenguas dicen y maliciosas imaginaciones sospechan, han hecho un negocio loco y una especulacion feliz, cual nunca ellos por otro camino se la hubieran podido arreglar sino por el de la *indulgencia plenaria y perpétua*, que por bula del gobierno parece haberse otorgado á los carlistas ó montemolinistas.

Librenos Dios de que ellos caigan en la cuenta de la nueva y rápida y brillante carrera que el gobierno les está

abriendo con esto del indulto á perpetuidad; y aun estoy por creer que ya han caido en ello, al ver levantarse cada dia aqui y allá nuevas partidillas, que ya casi no pueden tener otro objeto que la especulacion. Y hago al gobierno estas reflexioncillas, por si él no hubiese caido en el quid, que todo podrá ser, no sea caso que por buscar un remedio pronto nos dé una enfermedad larga, y sobre todo porque una *indulgencia plenaria, segura y perpétua* es una tentacion, y casi una invitacion á pecar: y porque tanta indulgencia con los partidarios carlistas y tanto fusilamiento diario con otros partidarios que no son carlistas, forman un contraste que no puede menos de dar en ojos á los que creemos que la justicia exige, *ó rigor por igual, ó indulgencia para todos.*

## TIRABEQUE Y LUIS NAPOLEON.

Desde que decoramos nuestra celda con la estampa que representa la República francesa, y con los retratos de Lamartine, de Cavaignac y de Luis Napoleon, no han dejado de ser objeto constante de la atencion de mi lego TIRABEQUE, y aun de frecuentes saludos, apóstrofes y razonamientos. El otro dia, con los ojos atentamente fijos en Luis Napoleon, comenzó á hablarle de esta manera:

—«¡Hola, ciudadano representante! Parece, segun tengo entendido, que las cosas van presentando bastante buen carís para eso de la presidencia de la República. Que sea mil veces enhorabuena, si ha de ser para bien de la Francia y de todas las demas naciones cristianas, y principalmente de las vecinas y colindantes como es la nuestra; y *si non, non*, como decian nuestros antiguos aragoneses, que dicen que eran muy libera-

les, y ya casi medio republicanos. Yo no sabré decir á vd. lo que eran; pero de todos modos debian ser gentes que lo entendian mejor que los republicanos aragoneses de ahora, si nos ha de servir de regla el pronto fin y desgraciado remate de la partida republicana de 300 ó 400 hombres que se levantó en Cinco Villas, que apenas nació cuando murió, dejándose copar, que decimos aqui, toda entera y verdadera sin que se escapára un solo hombre para contarlo; lo cual me tiene lleno de admiracion, á mí FR. PELEGRIN TIRABEQUE, sin acertar á esplicarme la rareza de este percance.

«Y aun diré á vd. mas, ciudadano Napoleon. Al ver que igual ó peor fin tuvo al propio tiempo otra partida republicana en Alicante, y que poco menos ha venido á sucederles á los de Valencia y Cataluña; y al ver y considerar lo pronto que desaparecen las facciones republicanas, mientras que las montemolinistas se sostienen meses y años, y una partidilla de no nada que aparezca basta para dar que hacer y traer al retortero columnas y mas columnas de tropa, y las causa y las fatiga y las muele, y aunque sea derrotada y dispersada, yo no sé como se las gobierna para resucitar otra vez casi con los mismos cuerpos y almas que tuvo antes, ó con creces si nos descuidamos, al ver esto, señor Napoleon, le aseguro á vd. que no sé qué pensar; aunque discúrreseme que debe consistir en una de estas tres cosas, ó que las tropas andan mas listas y mas eficaces para perseguir á los republicanos que á los montemolinistas, ó que los republicanos son gente no nada maestra y muy poco ducha en esto de la vida guerrillera, ó que los pueblos los protegen y amparan menos que á los otros, lo cual seria señal de que esto de república no cuaja aqui en España, ó son las tres cosas juntas, que es á lo que yo mas me inclino.

«Y otra cosa le haré á vd. notar, señor Napoleon: y es lo blandote y lo dulce y lo misericordioso que se muestra este nuestro gobierno, y las autoridades de este gobierno con los republicanos, pues ya no se contentan con fusilar á los gefes, que harto dolor causaria esto solo á los que como yo tenemos

entrañas de hombres, aunque seamos legos, sino que de la sola partida de Alicante, que dicen que era bien pequeña, fusilaron hasta 48 en un mismo día y á la hora de haberlos cogido, sin duda para que no tuvieran mucho tiempo de pensar en las cosas terrenales de este mundo, cuya caridad me parece bastante brusca, y ademas bastante bárbara: y mas si se compara con la *indulgencia perpétua* para los carlistas, que dice mi amo. Y este parecer, ciudadano Napoleon, aunque es de un simple lego, debe hacer mucho peso en la balanza de los pareceres, por lo mismo que es de un lego que no está ahora por repúblicas para España, ni tampoco por montemolinismo. Y digo mas, hermano Napoleon; y es, que este camino podrá acaso llevarnos á la paz, pero antójaseme que no es el que nos ha de conducir á la concordia, y paz sin concordia no puede ser una paz de larga vida. ¿No cree vd. lo mismo, ciudadano don Luis?

—Si creo, ciudadano TIRABEQUE.

—¡Hola! exclamó mi lego: ¿con que se digna vd. contestarme? No contaba yo con tanta fineza, que á haberlo sabido, ya le hubiera hecho á vd. algunas preguntillas, y no que creyendo que ni siquiera me oía vd. me he entretenido con cosas de acá de España, como si las hablara yo solo. Pero ya que está vd. tan amable conmigo, ciudadano Napoleon, ¿se servirá vd. responder á lo que le pregunte?

—Sí.

—¡Jesus María exclamó TIRABEQUE, ¡y qué voz tan bronca y tan rara tiene vd! Y lo mas extraordinario es que no abre vd. la boca para hablar! En lo cual es vd. al revés de un ministro que yo conozco, que abre mucho la boca y nunca dice nada. Pero sea como quiera, ¿tendrá vd. la bondad de decirme (porque nadie deberá saberlo mejor que vd.) qué es lo que vd. ha hecho en favor de la República para haberse entusiasmado por vd. los hermanos franceses tan de repente y tan de sopetón, y en tal guisa y de tal manera que, según cuentan y dicen, es muy posible que le nombren á vd. presidente de la República, que debe ser un gran bocado, aun

con preferencia al ciudadano Cavaignac que tiene vd. aqui al lado?

—¡Ciudadano TIRABEQUE, soy sobrino de mi tío y basta! ¡Llevo un nombre ilustre é inmortal! ¡El nombre mas popular de toda la Francia!

—Perdone vd., ciudadano Napoleon. Por lo que toca á su señor tío de vd., aunque no he tenido el honor de conocerle sino como á vd. por retrato, bien sé yo que fué un grande hombre, y como tal le respeto. Y en prueba de ello que en el archivo general de oraciones que supongo yo habrá en el cielo, deberá haber (si es que no se ha traspapelado, como se traspapelan los documentos en los archivos de acá de España) una que yo dirigí á Dios en cierta ocasion pidiéndole que nos concediera á los españoles siquiera medio Napoleon, para ver si nos arreglaba y metia en vereda (1). Però el que vd. sea sobrino de un tío tan grande, paréceme que no es bastante razon, y vd. perdone, para que los ciudadanos franceses se entusiasmen asi de esa manera, nada menos que hasta querer nombrarle á vd. presidente de la República. ¡El nombre, el nombre! Pues qué, ¿es acaso cuestion de nombre esta? Aun si se tratára de una corona real, ya comprenderia yo que se tuviera en cuenta el nombre y el linage, pero tratándose de República, figurábame yo que los nombres y los linages deberian ser lo de menos, y que deberia atenderse solo al mérito personal y á las buenas partes del ciudadano, y vd. disimule la franqueza. Y asi, ó los franceses son unos botarates en esto de dejarse llevar de un nombre, ó en vd. hay algo de extraordinario que yo ignoro, y tiene algo mas que el nombre de su señor tío. Por lo tanto, señor Napoleon, no llevará vd. á mal el que un pobre lego desée saber alguna cosa de su vida de vd. y de sus antecedentes y consiguientes: lo cual me serviria para satisfacer á los diversos y encontrados pareceres que por aqui andan, pues unos dicen que hasta ahora no ha sido

(1) Fr. Gerundio, VIAGES, tom. I, pág. 219.

vd. mas que un calavera, y otros aseguran que tiene vd. mucho del genio y del caletre de tu tio, y cada cual dice lo que mas se le antoja.

—Voy á satisfacerte en lo que pueda, ciudadano PELEGRIN.

—Doy á vd. mil gracias, pero hágame vd. á mí la de hablar mas claro, porque apenas se le entiende la voz.

—Estoy un poco ronco, no lo puedo remediar.

Has de saber, ciudadano lego, que yo soy el tercer hijo de Luis Bonaparte, ex-rey de Holanda, y de Hortensia de Beauharnais, de aquella afectuosa y encantadora princesa, tan grande en el infortunio como en el trono, y que era la maravilla de la elegancia, el adorno de las sociedades, y el modelo de las almas fuertes y nobles.

—He oido hablar bastante á mi amo FR. GERUNDIO acerca de las virtudes y buenas prendas de su señora madre de vd.

—Pues bien, esta virtuosa y ejemplar señora me envió al mundo el 20 de abril de 1808 en París. Fui bautizado en Fontenebleau, teniéndome en sus manos en la pila bautismal el Emperador Napoleon mi tio y la Emperatriz Josefina, y me pusieron por nombre Luis Cárlos Napoleon. Tenia yo siete años cuando el edificio imperial que habia levantado mi tio se desmoronó bajo el peso de la Europa conjurada. A la grandeza de los palacios en que me habia criado debian reemplazar la proscripcion y el destierro. Mi hermano mayor Napoleon Cárlos habia muerto á la edad de cuatro años: quedábamos mi segundo hermano Napoleon Luis y yo. Mi virtuosa madre, sin dejarse quebrantar por la desgracia, no pensó sino en dar á sus hijos una educacion enérgica y popular, correspondiente á las ideas del siglo y á las eventualidades del porvenir, y encomendó la mia al ilustrado Mr. Lebas, profesor de la escuela normal. De esta manera seguí hasta el año 1824, en que no inquietando ya á la Europa la sombra de mi tio, pudimos establecernos con alguna mas tranquilidad en la Suiza, en el castillo de Arenemberg, del Canton de Turgovia, asilo de todos los proscriptos y desgraciados. Allí me entregué al

estudio de la historia y de las matemáticas, á lo cual debí el poder componer, muy jóven aun, mi *Manual de Artillería*.

—¡Hola! ¿con que es vd. escritor tambien? Eso no lo sabia yo, y si la obra es buena, esto bastará para que yo le tenga á vd. por un hombre no adocenado.

—No me toca á mí ser el apologista de mi obra; pero los oficiales de artillería la consideraron como un buen tratado sobre la materia. Sin embargo, el estudio y la meditacion no satisfacian á mi ardiente espíritu, que requería otros ejercicios y otra actividad. ¡Cuántas veces, llevado de mi genio aventurero, me salía de casa solo, me dirigía á las encumbradas montañas de los Alpes, trepaba hasta sus mas altas crestas, y despues de examinadas descendía á los lagos y profundos valles, desafiando todos los peligros, hasta que fatigado, desgarrado, me volvía á tranquilizar á mi buena madre, que siempre me recibía cariñosa y me prodigaba todo género de ternuras!

—Se conoce, señor Napoleon, que ha sido vd. un muchacho travieso. Pues no sería por aquellos montes donde aprendió vd. á hablar en español, que á fé que lo corta vd. de lo bueno, y si no fuera por lo bronco y áspero de la voz, que á veces me cuesta trabajo el apercibirle á vd..... ¿dónde aprendió vd. á hablar el castellano?

—Eso no te lo puedo decir ahora, ciudadano TIRABEQUE. Aquellos ejercicios desarrollaron grandemente mis fuerzas morales y físicas, y cuando entré á formar parte del campo federal de Thun, no me era ya violento comer el pan de municion y participar de todas las fatigas del soldado. En este estado sucedió la revolucion de julio en Francia: por un momento pensé en hacer valer la gloria de mi nombre, pero mis ilusiones desaparecieron pronto, como tantas otras que se formaron sobre aquella revolucion. No tardó, sin embargo, en depararse otra buena ocasion á mi genio ardiente y aventurero. Tal fué la insurreccion de la legaciones romanas: mi hermano y yo partimos á Italia á tomar parte en favor de los de-

fensores de la independencia italiana: los dos guiábamos á los insurrectos que marchaban sobre Roma, y que habian de dispersarse al primer choque con los austriacos. Separados mi hermano y yo de los demas conjurados, tuvimos que replegarnos á Forli: alli tuve la amargura de perder á mi hermano, que espiró en mis brazos de una inflamacion al pecho. Mi desgraciada madre se me reunió en Pesaro, donde tuvo el sentimiento de saber el golpe fatal que acababa de herirla. Desde entonces se consagró toda al cuidado del único hijo que ya le quedaba, que era yo. Pasamos á Ancona, donde caí enfermo con sarampion. Mi buena madre me guardaba de incógnito en la casa misma del general austriaco. Temerosa de ser descubierta, hizo difundir la voz de que yo me habia embarcado para Corfú; entre tanto preparaba hábilmente nuestro viage, y aliviado yo, dejamos entre mil peligros el territorio italiano y pisamos de nuevo el suelo francés. Aunque éramos una familia proscripta en la Francia, mi madre no vaciló en presentarse al nuevo soberano Luis Felipe, pidiéndole permiso para respirar por unos dias el aire de aquella patria benéfica; el rey se le concedió, pero no tardamos en tener que abandonar aquella capital, teatro de las antiguas glorias de nuestra ilustre familia, y nos embarcamos para Lóndres. Alli fuimos objeto de la vigilancia y pesquisas de la diplomacia francesa, y esto nos obligó á volvernos otra vez á nuestra querida Suiza.

—Vamos, señor Napoleon; veo que ha sido vd. hombre de historia.

—Ahora empieza, ciudadano PELEGRIN. Hallándome en Suiza recibí una invitacion de los gefes de la revolucion de Polonia para que me pusiera á la cabeza de la insurreccion, «¿A «quién (me decian) podriamos confiar mejor la direccion de «nuestra empresa que á un sobrino del mas grande capitán de «todos los siglos?» Ya me preparaba yo á llenar la nueva mision á que era llamado, cuando la revolucion de Polonia tuvo aquel repentino y desgraciado desenlace que tú deberás saber.

—No estoy muy enterado, á decir verdad, respondió PELEGRIN; pero prosiga vd.

—Desde entonces me hice sospechoso á la diplomacia europea, que fijó sus miradas sobre mí. Yo para ocultar mis pensamientos y designios aparenté dedicarme todo entero á los estudios, y en 1833 publiqué un librito sobre el estado de la Suiza, titulado *Consideraciones políticas y militares*, que me valió el título honorífico de ciudadano de la república, y el grado de capitán de artillería del departamento de Berna: y mas adelante fué cuando publiqué el *Manual de artillería* de que te he hablado. Pero mi genio me conducia siempre á meditar una empresa grande y arriesgada y digna de mi nombre, y esto fué lo que me resolvió á acometer en 1836 la tentativa de Strasburgo, que yo califico ahora de mi primera calaverada. ¿No conoces mi tentativa de Strasburgo?

—Ni una palabra sé de ella, ciudadano Napoleon, vd. se servirá decirme que fué aquello.

—Pues bien, sabiendo yo el descontento de la Francia, el levantamiento de la Vendée, la insurreccion de Lyon, el estado inquieto de los ánimos, y principalmente del ejército, me pareció la ocasion oportuna de presentarse á la Francia para resucitar las antiguas glorias de mi nombre, lo cual creia yo que bastaria para producir una revolucion general en mi favor. Algunas palabras del famoso Lafayette me animaron, y yo, jóven fogoso é irreflexivo que necesitaba poco, me lancé en Strasburgo, me presenté á las tropas de la guarnicion, y les dije: «Soldados, llamado á Francia por una diputacion de las ciudades y guarniciones del Este, y resuelto á vencer ó morir por la gloria y la libertad del pueblo francés, he querido presentarme á vosotros los primeros, porque entre vosotros y yo existen grandes recuerdos.....» A estas palabras un regimiento dió el grito de *viva Napoleon!* Pero la firmeza de un coronel bastó para detener el movimiento y dar al traste con todo mi plan: todos fuimos hechos prisioneros, y yo

encerrado en la ciudadela de Fort-Louis, de donde me sacaron para trasportarme á los Estados-Unidos.

—Efectivamente que debió ser una calaverada de Barrabás aquella. ¿Y estuvo vd. allá por América mucho tiempo?

—Poco, ciudadano PELEGRIN. Noticioso de que mi buena madre se hallaba gravemente enferma, me vine á recoger su último suspiro, y en efecto espiró en mis brazos en el castillo de Arenemberg el 3 de octubre de 1837.

—Se conoce, hermano Napoleon, que en medio de todo ha tenido vd. sentimientos de buen hijo, y eso siempre le hace á vd. favor.

—Pero á aquel golpe fatal siguieron otros sinsabores de otro género. Irritado el gobierno de la Francia de mi vuelta á Suiza y de la buena acogida que allí había tenido, reclamó imperiosamente mi espulsion de aquel reino, haciendo del negocio, en caso de negativa, un *casus belli*. «Declarareis al vorot (escribia al embajador francés en Suiza el ministro «Molé, este Molé que es ahora representante de la república «conmigo), que si, lo que no es de esperar, la Suiza, haciendo causa por el que tan gravemente compromete su reposo, «rehusára la espulsion de Luis Bonaparte, teneis orden de pedir vuestros pasaportes.» Yo publiqué una protesta enérgica contra esta pretension del gobierno de la Francia: la Dieta helvética por su parte se mantuvo firme, y un ejército francés se puso en marcha para hacer ejecutar por la fuerza mi espulsion. Entonces yo, contento con haber provocado el enojo de una potencia tan poderosa, que me colocaba en el caso de aparecer como un pretendiente temible, no quise comprometer mas á la Suiza, y alejándome de aquel país hospitalario, me retiré otra vez á Inglaterra, que es el refugio de todos los pecadores, donde publiqué una esposicion de mis doctrinas políticas con el título de *Ideas Napoleónicas*, que supongo habrás leído, ciudadano TIRABEQUE.

—Supone vd. muy mal, señor Napoleon, porque el diablo me lleve si hasta ahora tenia la mas mínima noticia de sus

ideas de vd., pero esto no debe vd. estrañar, porque no puede un hombre leerlo todo, y délas vd. por leídas, y hágame el favor de proseguir su curiosa historia.

—Alli continué viviéndo hasta 1840, en que hice mi segunda calaverada.

—Mas de dos creia yo que iban ya, pero veamos qué fué esta que vd. llama la segunda.

—Cuando el ministerio de 12 de mayo, que era este mismo Thiers que es tambien ahora representante de la República conmigo, pidió á las cámaras un crédito de un millon de francos para trasladar á París las cenizas de mi tio el Emperador, al ver la espontaneidad con que le votaron las cámaras, al ver el entusiasmo con que los franceses recibieron los restos mortales de mi augusto tio, confiésote, ciudadano TIRABEQUE, que se me calentaron los cascos, me figuré que toda la Francia se habia vuelto otra vez de repente napoleónica, y llena mi cabeza de ilusiones fantásticas creí llegado el momento y sazón de presentarme á ella y decir: «Aqui estoy yo.» En efecto, á los tres meses de aquel suceso me embarqué con unos pocos amigos, y me arrojé en la playa de Boulogne, muy confitado de que bastaria mi presencia para que toda la Francia se levantara á proclamarme Emperador, y que me sucederia lo que á mi tio cuando se escapó de la isla de Elba.

—¿Y vd. cuánta gente traia, señor don Luis?

—Nada, ciudadano TIRABEQUE, lo que te he dicho, un par de docenas de amigos, ni mas ni menos.

—¡Calaverilla! exclamó TIRABEQUE con una sonrisa y un gesto maligno: ¿y qué le sucedió á vd? Ya veo que no debieron salirle entonces las cuentas.

—¿Qué habia de sucederme? Lo que era natural; que me echaron mano, y la cámara de los Pares me condenó á prision perpétua, y en su virtud fui encerrado en la fortaleza de Ham. El ilustre abogado Mr. Berryer, que tambien es hoy representante de la República como yo, calificó bien mi empresa cuando dijo en la cámara de los Pares: «El principe Luis, sin

«premeditacion, sin cálculo, sin combinacion, pero jóven y ardiente, se dijo á sí mismo: Iré, pasearé el luto, colocaré sus armas sobre su tumba, y diré á la Francia: «aquí estoy, ¿me quieres?»

—Y por lo visto la Francia le dijo á vd. entonces que no le queria. ¡Vaya, vaya con sus travesuras de vd! Y despues que le metieron á vd. en chirona, ¿qué ha sido de su vida de vd?

—Allí en el castillo permanecí por espacio de mas de seis años, olvidado al parecer de los hombres, entregado al estudio de la historia y al cultivo de las ideas liberales, ademas de otros pensamientos que nunca han dejado de revolotear por mi imaginacion: allí escribí los *Fragmentos históricos*, y otro librito titulado: *Extincion del pauperismo en Francia*: y allí estuve escribiendo ademas artículos de política y administracion, hasta que poco antes de la revolucion de febrero, el año pasado, con el auxilio de un amigo, y de concierto con el gefe de la guardia, logré fugarme de la prision y refugiarme por tercera vez en Inglaterra. En Lóndres me sorprendió la revolucion de febrero, allí me llegó la noticia de mi primer nombramiento de representante de la República, y es escusado que prolongue mas la narracion de mi historia, porque he visto que así tu amo FR. GERUNDIO como tú, estais al corriente de todo lo que desde aquella fecha hasta hoy me ha pasado. Y os doy las gracias, especialmente á tí, ciudadano TIBABEQUE, por el honor de haberme colocado en esta celda hace ya mas de cuatro meses (1), como quien ya entonces preveia que estaba destinado para algo mas que para simple representante en la Asamblea de la República.

—No hay por qué darlas, ciudadano Napoleon. Y ocúrreseme ahora que vd. hizo muy mal en escaparse del castillo aquél, porque si vd. hubiera seguido allí hasta que vino el trueno este, entonces le hubieran puesto en libertad, y con poco que

---

(1) En el de junio. Revista núm. 4 del tom. 1. pág. 256 y siguientes.

vd. hubiera hecho por la República, parecería que había hecho mucho, y aun hubiera vd. hecho creer fácilmente á los franceses que todo había sido obra de un plan muy sábio de vd. que había estado madurando en los seis ó siete años de prision, y entonces la presidencia era infalible, y no que ahora muchos preguntan: «¿y qué ha hecho Luis Napoleon por la República?» Y lo peor del cuento es que pienso que lo preguntan con razon, sin que esto sea adularle á vd. De manera que por poco quedó vd. mal.

Pero vamos, dejando esto á un lado, lo que á mi me importa saber es qué política piensa vd. seguir en el caso de calzarse con la presidencia de la República. Digo que haga vd. el favor de esplicarme qué clase de política piensa vd. seguir, dado caso que le nombren presidente, y cuáles son sus pensamientos ó sus planes..... ¿Calla vd? Cuidado, ciudadano, no hay que llenarse tan pronto de vanidad; que todavía no está la cosa tan á punto de caramelo que pueda vd. ya darse tono de presidente, que de aqui al nombramiento, Dios sabe lo que podrá haber.

—Ciudadano lego, si has leído mi último discurso en una de las sesiones de la Asamblea, habrás visto que me he propuesto no contestar á ninguna de estas interpelaciones. Mi sistema actual es la reserva: ella ha sido siempre uno de los distintivos de mi carácter.

—Bien; pero aqui entre nosotros puede vd. esplicarse con entera franqueza y sin ningun inconveniente, seguro de que yo no lo diré á nadie: tambien yo soy hombre muy reservado. Con que vamos á ver: en el caso que salga vd. presidente, ¿piensa vd. hacer una república imperial, ó un imperio republicano, ó qué piensa vd. hacer de la Francia? ¿Hará vd. lo que este ciudadano que está aqui (señalando á Cavaignac), con todo eso de estados de sitio de cuatro meses, de supresion de diez periódicos á la vez, y con otras mil zarandajas de libertad republicana? ¿De quién será vd.? ¿De los rojos, de los blancos, ó de los azules? ¿Consentirá vd. que la economi-

ca república gaste 1,500 millones mas en un año que la monarquía que era tan cara? ¿Se hará vd. amigo del hermano Narvaez, como aqui el ciudadano Cavaignac? ¿Mandarà usted un comisionado especial á la frontera de España para que zampe en fortalezas y castillos á los emigrados españoles, y luego los enverede á 200 leguas del interior, cosa que no se atrevió á hacer al hermano Luis Felipe, y eso que no era republicano? Vamos, señor Napoleon, espíquese vd., que aqui, gracias á Dios, no hay nadie que nos oiga.

—¿Y yo no soy nadie?

—¡Jesus, ave María purísima! exclamó TIRABEQUE: ¿sabe vd., señor don Luis, que tiene vd. algunas veces una voz muy parecida á la de mi amo? Y eso que está vd. tan ronco que parece que sale la voz de un sótano ó de una bóveda: ¿ó es vd. acaso ventrículo (1)? Con que vamos, vamos, hágame vd. la gracia de decir alguna cosita de sus pensamientos de gobierno, porque esto importa mucho, no solo á la Francia, sino que también á la España y á mí.

—Ciudadano TIRABEQUE, lee mis *Ideas Napoleónicas* y no me molestes mas. Y con esto cierro mi boca, y no esperes de mí otra sola palabra.

—No, la boca no tiene vd. que cerrarla, porque no la ha abierto. Pero en fin, cerraré yo la mia, y se acabó la conversacion.»

Asi terminó el diálogo entre Luis Napoleon y mi lego. A muy poco entré yo Fr. GERUNDIO, y tan pronto como me vió TIRABEQUE, «¡Oh, mi amo, mi amo! exclamó, ¡qué buen rato se ha perdido vd! He tenido una conversacion muy larga con Luis Napoleon: me ha contado toda su historia, y todo esto sin abrir la boca, que yo no sé esplicar cómo puede haberlo llecho; pero si viera vd. qué voz tan hueca y tan bronca tiene!

—Todo lo sé, PELEGRIN.

(1) Ventrilocuo quiso decir sin duda TIRABEQUE.

— Señor, eso es que vd. nos ha estado escuchando. ¡Cáspital y yo creí que estábamos solos, y así se lo dije á él. ¿Pero querrá vd. creer, mi amo, que acerca de sus pensamientos no he podido sonsacarle ni un tilde? Lo mas que me ha dicho con mucho misterio y mucho infasis ha sido: «Ciudadano TIRABEQUE! lee mis *Ideas Napoleónicas*, y no me molestes mas.» ¿Conoce vd. por casualidad estas tales *Ideas*, mi amo?

— Mucho que las conozco.

— Pues hágame vd. la gracia, si lo tiene á bien, de esplicarme qué cosa son y qué es lo que contienen.

— Las *Ideas Napoleónicas*, PELEGRIN, son, como él mismo te ha dicho, una esposicion de sus ideas ó doctrinas políticas. Son un panegírico de la monarquía de Napoleon, su tio, como emanacion directa de la soberanía popular, y como regularizacion de los hechos consagrados por la revolucion, que fué lo que hizo aquel grande hombre. De consiguiente, son una mezcla de principios de libertad y de máximas de despotismo, que pudieron y acaso debieron aunarse en tales circunstancias y en tan gran cabeza, pues que todo lo cubria el manto de la gloria. Son, como dice uno de los biógrafos de Luis Napoleon, una corona tejida con los ramos de encina de la República y con los laureles del Consulado y del Imperio. Esta mezcla es lo que constituye acaso el pensamiento actual del sobrino, esto es, el plan de copiar el reinado de su tio, si hemos de juzgar por sus *Ideas Napoleónicas*, lo cual no sé yo ni si convendria y seria posible en las actuales circunstancias, ni si él será capaz de llevarle á cabo, ni tampoco si desde esta publicacion acá habrá modificado sus ideas en vista de la combinacion de los sucesos. Esto es cuanto puedo decirte, PELEGRIN; porque en el dia, Luis Napoleon ha hecho de la reserva un sistema, y se conoce ó que él ha aprendido mucho en el libro de los acontecimientos y de la esperiencia, ó que está muy bien dirigido. Y sobre todo, si él dá el Manifiesto que dicen está dispuesto á publicar, entonces podremos juzgar mejor, y con mas conocimiento de causa, de sus ideas y sus planes.

—Y diga vd., mi amo; ¿me podrá vd. explicar tambien como es que este hombre ha podido estarme hablando asi en estampa y sin abrir la boca? Porque esta es una habilidad que yo no sabia.

—Eres un pobre hombre, PELEGRIN: á las veces pareces listo, y á las veces eres capaz de creer en brujas. Ven conmigo, pobre bolonio, ven conmigo y te lo explicaré. «Y siguiéndome TIRABEQUE, le conduje á una piececita que está detrás de la celda de estudio.

—«¿Ves, le dije, ese agujero abierto en el tabique?

—Si señor.

—¿Y á dónde te parece que corresponde eso?

—Señor, eso debe corresponder al cuadro de Luis Napoleon; si señor, y aun alcanzó á ver el respaldo de la estampa.

—Y hablando desde aqui, ¿cómo deberá percibirse la voz al otro lado?

—Tiene vd. razon, señor; asi salia ella de bronca, que parecia como si saliese de una bodega.—Y quedándose un poco pensativo, «Señor, exclamó, ¿á que ha sido vd. el que me ha estado hablando por el ciudadano Bonaparte?

—Pobre tonto, ¿y quién podia haber sido sino yo? Yo que al verte apostrofarle muy sério, acudí á este sitio á contestar á tus preguntas, al modo de lo que hacian los sacerdotes con los antiguos oráculos. Yo soy, pues, el que te ha contado los principales hechos de la historia de Luis Napoleon, sacados en su mayor parte de la biografia que de él ha escrito Mr. SARRANS.»

Quedóse TIRABEQUE un tanto abochornado de la peripecia, saliéronle los colores al rostro, y yo Fr. GERUNDIO me rei grandemente del juego que se me habia proporcionado emplear con el bueno de PELEGRIN.

## LAS COMPENSACIONES.

La Providencia es muy sábia. Ella estableció una ley de compensaciones así para los hombres como para los pueblos, así para los vivientes como para los seres inanimados. El sol alumbra por igual todos los puntos del globo: donde hay medio año de noche hay medio año de día; donde los días son siempre iguales, las noches lo son también; y donde, como entre nosotros, hay cada año un invierno con largas noches y muy cortos días, viene en compensación un verano que nos trae larguísima días con muy cortas noches; en todas partes igual ración de sol. La Providencia ha dispuesto que en el globo terráqueo alternen los fértiles llanos con las ásperas montañas, y las desnudas rocas con los vestidos valles, para que por la ley de las compensaciones los frutos que escasean en una parte abundan en otra, y vice-versa, para que esto produzca la necesidad de los cambios, y de aquí las relaciones comerciales tan necesarias entre los hombres, y por eso dijo grandemente el que dijo: *per troppo variare natura é bella*. Hace más la Providencia, y es que nunca falte á la humanidad el necesario sustento; por la ley de las compensaciones cuando en un país del globo se pierde la cosecha de trigo, á otro le regala una abundante cosecha de patatas, y donde falta el aceite suele abundar el vino, y así vamos viviendo, y esto es lo que produce el comercio humano, y lo que constituye el equilibrio universal en un movimiento constantemente variado, y esta es la ley de la naturaleza y este es el mundo. El hermano y erudito Azais, en su Tratado sobre las Compensaciones, aglomeró mil oportunos y

filosóficos egemplos para probar esto mismo. Yo FR. GERUN-  
DIO no voy á poner mas que uno solo.

La República francesa, verbi-gratia, ha abolido todos los títulos de nobleza: la Dieta prusiana acaba de hacer lo mismo, y al propio tiempo aqui en España se hace á don Luis José Sartorius conde de San Luis y vizconde de Priego. Hasta ahora no hay compensacion, es verdad, porque no compensa la creacion de un título á la abolicion de todos, ni yo lo digo porque el hermano Sartorius no merezca bien un condado y un vizcondado: él es un buen muchachó, y asistió al alumbramiento de la Sra. Infanta en Sevilla, y tuvo en sus manos la bandeja en que estaba la Serma. Sra. Doña María Isabel, Francisca de Asís, Antonia, Luisa, Fernanda, Cristina, Amalia, Felipa etc., etc., etc., etc., etc., y esto bien merece un condado y un vizcondado *et aliquid amplius*. No lo digo, pues, por esto.

Dígolo, porque acabándose la nobleza en Francia y en Prusia, y muy probablemente en otras naciones que querrán imitar su ejemplo, y habiéndose perdido alli la cosecha de los títulos, era menester, por la ley de las compensaciones, que la Providencia dispusiera que hubiese una nacion que con el tiempo y cuando fuese necesario pudiera surtir de títulos á las otras, sin quedarse ella por eso agotada y exhausta y sin el suficiente surtido para el consumo interior; y esta nacion es la España. Y lo mismo que digo de los títulos digo de las condecoraciones.

La Dieta prusiana ha dicho: Art. 1.º *Queda suprimida la nobleza: 2.º Se prohíbe añadir al apellido el título de nobleza en ningun acto oficial ó judicial, pena de nulidad: 3.º Se prohíben todas las condecoraciones: 4.º Todos los títulos anexos á los empleos se suprimen igualmente.*

En compensacion el gobierno español, si no lo ha dicho, parece decir: 1.º *Se prodiga la nobleza: 2.º Todo acto oficial ó judicial que no lleve un título de nobleza agregado al apellido, se considerará nulo: 3.º Todo el que no lleve ó tenga una*

*condecoracion será mirado como no español: 4.º No habrá empleo á que no vaya inherente, por lo menos por lo menos, el tratamiento de Usía.*

En cuanto á las condecoraciones ya va faltando poco para que todos los españoles sean iguales ante la cintilla y la cruz, y puedan servir de compensacion á los prusianos que no tendrán ninguna. Respecto á los títulos de nobleza, se ha emprendido el camino, y se prosigue con tal actividad y perseverancia, que es de esperar que muy pronto se restablezca el equilibrio nobiliario europeo entre los títulos que sobrarán en España y los que falten por consecuencia de la supresion en Francia, Prusia y demas partes, al modo que por la ley de la Providencia, cuando se pierde en Irlanda y Holanda la cosecha de patatas, solemos tenerla nosotros abundante de manzanas de tierra y de cereales para poderles surtir, y que nunca falte el necesario sustento á la humanidad.

Lo único que me temo, yo FR. GERUNDIO, es que lleguemos á no entendernos ni conocernos con tanto título, al modo que sucede en un famoso pueblo de Castilla la Vieja que llaman Villalon, donde es escusado preguntar por un sugeto, de cualquier clase y categoría que sea nombrándole por su propio nombre y apellido, pues de seguro nadie en el pueblo da razon de él, nadie le conoce: pero pregúntese por el mote ó apodo que le tienen puesto, y entonces al instante, viejos ó niños, todos dicen sin vacilar: «Ah, si señor, le conozco mucho, en tal parte vive.» Lo mismo, por la inversa, me temo que ha de suceder con los títulos, que no nos vamos á conocer los hombres ni va á haber quien dé razon de ellos. Y lo peor es que ya casi sucede. El otro dia me sucedió á mí mismo, que vino un amigo y me dijo: «Acabo de ver al marqués de Valdegamas hablando con el de Novaliches y con el conde de Picamojoux; por cierto que se les agregó el vizconde de Alamo-blanco, que iba con el marqués de Encina-seca, y les preguntaron si habian visto al conde de San Luis; dijéronles que sí, que precisamente estaba con Santa Cecilia y

«con Prados-verdes, pero que habiendo llegado San Urbano, «Casas-rojas y Cumbres-bermejas á hablarle sobre el negocio «de Santa Olalla y de Piedras-menudas, habian tenido por «conveniente despedirse del ministro.» Confieso que me quedé en ayunas de quiénes eran todos estos personajes, hasta que el mismo amigo me dijo: «Pues qué ¿no conoce vd. á don «Manuel Breton, y á don José Alvarez Perez, y á don Juan «Donoso Cortés, y á don Hilario de la Cuesta, y á don Luis «José Sartorius, y á don Juan José Carrasco, y á don Manuel «Pavía, y á don Alejandro Gonzalez Prieto.....?» Y entonces me hallé con que á todos los conocia ó de vista ó de oidas por sus nombres bautismales, y me acordé de lo que algunas veces me habia sucedido en el pueblo de Villalon con los motes ó apodos.

En la sesion de la Dieta prusiana de 1.º de noviembre, aquella en que las turbas de obreros decidieron á los diputados á abolir los títulos de nobleza que habian acordado conservar en la sesion de la víspera, cuando un diputado queria salir le rodeaban los obreros gritando: «*No sale nadie que no pueda enseñar la carta de demócrata,*» que no deja de tener chiste la invencion de la nueva carta de seguridad. Yo creo que el gobierno español, por la ley de las compensaciones, se propone que llegue el caso en España de poder decir: «*A nadie se admite que no pueda enseñar su título de Castilla.*» Con eso, si acaso hubiese una reaccion en Prusia ó en Francia, el gobierno español podrá ahorrarles el trabajo de crear nuevos títulos, ni aun de restablecer los antiguos, pues estará en aptitud de enviar á cada punto una remesa de títulos españoles, al modo que se hace una remesa de patatas alli donde se ha perdido un año la cosecha, por la ley de las compensaciones; lo cual no deja de tener el mérito de la prevision.

Por el amor de Dios, hermanos míos de acá y de allá: *est modus in rebus*. Por tan estremada y tan absurda tengo la abolicion completa de los títulos, condecoraciones y tratamientos en Francia y en Prusia, como la prodigalidad de los tra-

tamientos, condecoraciones y títulos en España. Tanto se peca por carta de menos como por carta de mas. Y puesto que de nada sirven los muchos sermones que sobre la materia llevo predicados, que sigan por allá aboliendo y que prosigan por acá prodigando, y toda vez que el camino se ha de andar, andémosle de prisa y titulémos todos; á fé que aunque llegue el caso de no conocernos, á mi siempre me habrán de conocer, sea que me titule el *Marqués de Campazas*, sea que adopte el título de *Vizconde de Carabanchel de Abajo*, ó sea que tome el de *Baron del Hábito y de la Capilla*.

---

## BIRLI-BIRLOQUE

### EN LA CELDA DE FR. GERUNDIO.

---

Era ya anochecido, cuando entró TIRABEQUE con el siguiente recado: «Señor, ahí ha llamado uno á la puerta: le he preguntado quién es, y me ha respondido: «dile á tu amo que está aqui Birli-birloque que quiere hablar con él dos palabras.» Yo no he querido abrir hasta consultarlo con vd., y aun si vale mi dictámen le diria que en la casa de un religioso no se reciben visitas despues de la oracion: porque un hombre llamado Birli-birloque y á tales horas no puede traer cosa buena.

—Cierto, le dije, que el personage es bastante raro y un si es no es sospechoso; y aun lo de las dos palabras tampoco me agrada mucho, porque la esperiencia me ha enseñado que las dos palabras suelen ser dos flechas que vienen ya asestadas al bolsillo. Pero en fin, por lo mismo que esto tiene algo de extravagante hemos de recibirle, para ver lo que da de sí el señor Birli-birloque, prévias, se entiende, las precauciones y garantías de costumbre para estos casos, entre las cuales sabes que entra el no separarte un minuto de la puerta del despacho, que para un hombre solo esto basta. Dile, pues, que éntre.»

De mala gana lo hizo mi lego, pero al fin, tomadas sus precauciones y garantías, y asegurado de que era uno solo, abrió la puerta al que se decía Birli-birloque, y juntos entraron los dos en mi celda-despacho.

—«Vd. estrañará, P. Fr. GERUNDIO, dijo el introducido, esta visita y á estas horas, y mas si su buen lego le ha dicho que yo soy el conocido por Birli-birloque. Pero suplico á vd. y al famoso TIRABEQUE que se tranquilicen y no tengan cuidado alguno, pues no vengo con mala intencion, sino por el contrario con muy sana y muy buena.

—¿Pero vd. es, le pregunté, el mismo Birli-birloque tan famoso por sus sutilezas, y de cuya arte se cuentan tantas maravillas, que todo lo que se hace por medios ingeniosos, ocultos, inusitados, y por lo común no muy escrupulosos, se dice que se ha hecho por arte de Birli-birloque?

—El mismo, si señor, para lo que su paternidad guste mandarme. Y este es precisamente el objeto de mi venida, el de justificarme de tantos falsos milagros como me cuelgan, suponiéndome parte y actor en todos los manejos, fraudes, estafas y desfalcos que ocurren, de lo cual es ya un deber mio el sincerarme, y no permitir que subsista este error por mas tiempo.»

TIRABEQUE desde la puerta se deshacia en significarme por señas y gestos que no le creyera ni me fiara de él. Y no pudiendo ya contenerse, sin darme á mi tiempo de hablar, —«Pues señor Birli-birloque, le dijo, por mas que vd. diga, vd. debe haber tenido gran mano en todo esto de los bancos y de las sociedades anónimas, porque de otra manera, y no siendo por arte de Birli-birloque, no comprendo yo cómo tan pronto se las pueda haber llevado á todas el diablo, que si no es pariente de vd., por lo menos debe ser muy amigo, y acaso sócio en comadrita.

—Comandita querrás decir, PELEGRIN.

—Eso quiero decir; y el señor bien me entiende. Y digo que no siendo por arte de este señor Birli-birloque (á quien me alegró de conocer para mi gobierno) no comprendo yo cómo puedan haber desaparecido como el humo y ahí en un decir Jesus tantos millones como se emplearon en esas dichas sociedades y bancos, y que era dinero puro y efectivo, y metálico sonante de eso que se tocaba y se palpaba. Y á mí no me venga vd. con carocas y haciéndose el inocente.

—Veo, P. Fr. GERUNDIO, me dijo el misterioso personaje,

que su lego de vd. participa de la general preocupacion, siendo asi que la verdadera causa de lo que él lamenta consistia en que entre bobos andaba el juego y todos eran fulleros.

—Pues bien, le dije yo, ya que vd. se ha dignado personarse en mi celda y que tan á la mano me ha venido vd., quisiera saber si vd. podria resolverme un problema; problema sabido, gastado, manoseado, vulgar, pero que siempre está en pie. ¿Cómo es que no habiendo disminuido, sino crecido las contribuciones de cada dia mas, ¿cómo es que cobrándose con todo rigor y puntualidad sin perdonar ni un quilate, ¿cómo es que ofreciendo todos los ministros que las atenciones se cubrirán religiosa y puntualmente, cada dia son mayores los descubierto, cada dia se paga menos, y cada dia se vive mas á la trampa? ¿En qué se invierten, y cómo desaparecen tan enormes ingresos? ¿Me dirá vd. que esto no sucede por el arte de Birli-birloque? ¿Sucederia esto si no anduviera vd. de por medio en el negocio?

—Así asi, mi amo, añadió TIRABEQUE, apriétele vd. por ese lado al ciudadano Birli-birloque, que perdido se ha de ver para desenredarse del argumento.

—¡Válganos Dios, señores! exclamó nuestro personaje; ¡que siempre he de ser yo el que cargue con todas las culpas! Señores, no soy yo, eso consiste todo en que entre bobos anda el juego....

—Por lo visto, señor Birli-birloque, le dijo TIRABEQUE, vd. trae estudiado un refran para disculparse, y no diré yo que el refran no sea verdadero, pero sí que anda muy unido y corre parejas con su arte de vd., y si los que juegan no supieran el arte de Birli-birloque, no harian las fullerías que hacen.

—Hay que distinguir, hermano TIRABEQUE, y de ello voy á poner un ejemplo palpable. Vds. como clérigos que son, aunque el uno de misa y el otro solo de olla...

—Gracias por la alusion, hermano, exclamó PELEGRIN.

—Digo, continuó nuestro personaje, que vds. como pertenecientes á la iglesia, estarán bien enterados de como al clero le han sido birlados siete millones y pico del primer tercio de la consignacion del presente año, único que habia podido cobrar, pues aunque el *Popular* y el *Heraldo* han pagado al clero muchas millonadas, los curas afirman que ni un solo dia han podido hacer un triste puchero con los artículos del *Heraldo* y del *Popular*. Y digo, que de aquel único y primer tercio del año (y estamos en el penúltimo mes) le han sido bir-

lados al clero mas de siete millones, y como esto de birlar tiene tanta analogía con el nombre que yo llevo, han dado en decir que esos millones han desaparecido por arte de Birli-birloque, lo cual es una calumnia que me importa desvanecer, porque yo no he tenido en ello arte ni parte. Otros son los que se los han comido, que mal provecho les hagan.

—Pues si no ha sido vd., exclamó TIRABEQUE, ahora mismo y sin salir de aqui nos ha de declarar vd. quiénes han sido esos tales sacristanes que se han embaulado esos siete ú ocho millones, que tengo entendido que mas bien han de ser ocho que siete.

—No han sido sacristanes, hermano FR. PELEGRIN, antes bien los sacristanes tienen que ayunar de la partecilla que á ellos tocarles debiera. Han sido literatos.

—¡Cómo literatos! exclamé yo FR. GERUNDIO. Haga vd. mas favor á los literatos, señor Birli-birloque, que no son los literatos gente de tan malas partidas, y en lo medrados que están se les puede conocer, aunque no tuvieran en su favor otro testimonio.

—He dicho mal, Padre FR. GERUNDIO, contestó; he debido decir hombres de letras.

—Lo mismo dá, replicó TIRABEQUE, puesto que literatos y hombres de letras son anónimos.

—Sinónimos, querrás decir, PELEGRIN.

—Entendámonos, repuso el llamado Birli-birloque; menester es distinguir letras de letras. Hay letras humanas y letras de cambio, y hombres que pudieran ser doctores en estas, como otros lo son en aquellas, y estos doctores en letras de cambio son los que le han birlado al clero esos siete ú ocho millones, muy mañosamente unos y muy desvergonzadamente otros, que entre bobos anda el juego, y todos son fulleros.

—Haga vd. el favor, señor Birli-birloque, le dijo TIRABEQUE, so pena de no salir de aqui bueno y sano sin que toda su arte remediarlo pueda, de esplicar con toda claridad todo lo que sepa, que soy tambien parte interesada en el asunto por concomitancia, y me interesa saberlo.

—Yo no sé mas, le contestó, sino que al clero le fueron consignados valores del tesoro para el pago del referido primer tercio de este año; que la junta encargada de la negociacion de estos valores tomó sobre ellos diversas letras ó libranzas de varias casas y sugetos, los cuales giraron contra los que decian sus corresponsales en diferentes puntos de la península por canti-

dades mas ó menos gruesas y á plazos mas ó menos largos: que luego resultó que en unas partes no habia tales corresponsales ni existian tales sugetos contra quienes las letras iban giradas; que en otras los corresponsales eran gente que no tenian un maravedi ni del girante ni suyo; que en otras, las letras fueron aceptadas, y al tiempo del vencimiento los aceptantes desaparecieron y se afufaron; que en otras no se han fugado, pero tampoco han pagado, y que las letras no han sido recogidas por algunos girantes despues de haberse embolsado su importe; y el resultado ha sido que entre unos y otros estos hombres de letras le han birlado al clero los millones susodichos, sin que le sea fácil recóbrarlos, porque entre bobos anda el juego. Y luego dirán que todo esto ha sido por arte de Birli-birloque: yo protesto ante FR. GERUNDIO, y su lego que soy inocente.

—Pues bien, repuso PELEGRIN, una vez que vd. es inocente, pero que manifiesta estar muy enterado del negocio, sírvase vd. decir aquí ante nos, los nombres de esos jugadores de letras que tan mala pasada nos han jugado, para que los sepamos nosotros, y despues de nosotros el mundo entero.

—Eso es lo que yo no podré hacer aunque lo sepa, replicó Birli-birloque, porque el negocio ha sido llevado ya á los tribunales de justicia, y yo soy hombre muy delicado cuando las cosas llegan á tales puntos. Yo no he venido mas que á sincerarme de la parte que pudiera atribuirseme. Ahora á ellos les toca obrar en el asunto con la energía y la severidad que la justicia y la vindicta pública exigen, y publicar á su tiempo los nombres de los que resulten culpables, entre los cuales me temo que ha de haber nombres muy altos y muy sonoros.

—No lo estrañaré, contestó TIRABEQUE, porque ahora las fullerias suelen venir de muy alto. Y solo sentiré que tengamos que aplicar tambien al tribunal ó tribunales eso de: entre bobos anda el juego.

—¡PELEGRIN! le grité yo FR. GERUNDIO con toda la gravedad de que en estos casos me revisto: que no te vuelva á suceder jamás hablar en tales términos, ni aun en hipótesis, sobre los tribunales. Los tribunales obrarán en justicia como acostumbra, y esto es lo que nos toca esperar para conocer y dar su merecido á los causadores de este escandaloso desfalco. Y dejemos por ahora en tal estado este asunto, que ya veremos lo que da de sí. Mas una vez que se ha dignado

visitarnos el señor Birli-birloque, y prescindiendo ya de la estafa de aquel primer tercio, espero se servirá decirnos cómo es que no se les ha satisfecho sino una mínima parte de otro tercio, y nada de otros que hay además harto atrasados, siendo así que no deja de cobrarse la contribucion del culto y clero. Si esta contribucion no se consume y evapora por arte de Birli-birloque, qué se sirva decirnos él mismo qué es lo que hay, en qué se invierte, qué se hace, á qué se destina, ó quien se aprovecha de ella.

—Yo no puedo decir otra cosa, respondió Birli-birloque, sino que harto siento yo que me lo achaquen á mí, cuando debieran estar todos convencidos de que entre bobos anda el juego y todos son fulleros.

—¿Y no tiene vd. otra respuesta que dar, hermano? le preguntó TIRABEQUE; pues tanto como eso ya lo sabía yo antes que vd. viniera.

—En ese caso, le replicó Birli-birloque, ya sabe vd. bastante. Y ahora, cumplido el objeto de mi visita, que no era otro que sincerarme ante vds. de tantos milagros como se me atribuyen, con el permiso de mi padre FR. GERUNDIO, me retiraré.

—Vaya vd. con Dios, señor Birli-birloque, le dije, y vea vd. de no ejercer mucho su arte, que hartos discípulos ha dejado vd. que la ejerzan á las mil maravillas.

—Señor, repuso TIRABEQUE, antes que se marche, bueno será que nos diga, si sabe, á qué altura se halla el arreglo del clero, que hace lo menos doce años que lo andan arreglando, y me temo que haya de sonar la trompeta del juicio antes que el clero se arregle, y si sabe qué es lo que hace la junta superior de arreglo, y qué hace Monseñor Brunelli en Madrid y Monseñor Martinez de la Rosa en Roma, y si el gobierno y la junta están esperando á que haya en Roma un Papa liberal, y si el Papa espera á que haya en Madrid un gobierno moderado, con todo lo demás que sepa y entienda el señor Birli-birloque.

—En eso, respondió él, yo no tengo parte ni intervencion alguna: solo podré decir que dos amigos míos, llamados el uno *Fas* y el otro *Nefas*, querian venir conmigo á quejarse tambien á vds. de los entorpecimientos que injustamente se les atribuyen, pues saben que el gobierno y la junta, y todos los que en este asunto han intervenido ó intervienen acostumbra á echarles á ellos la culpa diciendo que no pueden llevar el arreglo á ca-

bo, unas veces por *Fas* y otras por *Nefas*, y *Fas* y *Nefas* protestan y juran que ellos no oponen embarazo ni estorbo alguno, y que están bien convencidos de que si el arreglo no se hace, es solo porque los encargados de hacerle no tienen una voluntad firme y resuelta, ó lo que es lo mismo, porque no quieren. Esto es todo lo que yo puedo decir. Y con esto me retiro, y guarde Dios á vds.

—Vaya vd. con Dios, le dijo TIRABEQUE, y puesto que vd. es hombre de paz, puede repetirnos alguna visita cuando guste.» Y salió á despedirle.

Quedamos despues amo y lego haciendo nuestros comentarios sobre lo estraño de la visita, convencidos de que si en los negocios no anda Birli-birloque en persona, por lo menos, como él dijo, entre bobos anda el juego y todos son fulleros, y que si las cosas convenientes no se hacen, no es por *Fas* ni por *Nefas*, sido porque no hay voluntad de hacerlas.

## LA ÚLTIMA CORRIDA.

Los toros de Europa prosiguen en toda su fuerza y vigor. Los de Madrid parece haber terminado por este año con la funcion del Domingo 12. La legislatura táurica de 1848 queda cerrada hasta la próxima primavera. En cambio parece que se abrirá para el 15 de diciembre la otra legislatura que ha estado cerrada desde la primavera última. Cuando concluyeron las córtes comenzaron los toros, y ahora que terminaron los toros empezarán las córtes. Narvaez y Cúchares se tienen repartido el imperio legislativo del año: *divisum imperium cum Jove Cesar habet*. Asi sucedió tambien el año pasado. De sospechar es que en la legislatura de diciembre no será muy reñida la lidia, pues habrá una numerosa cuadrilla que aprobará muy santamente el uso que se ha hecho de la suspension de las garantías, que sancionará sin rechistar los empréstitos forzosos y los donativos no voluntarios, que dará por bien cobradas las gavelas pasadas, y autorizará, si es menester, para la continuacion de las futuras, que dejará que hablen en contra y votará en pró ni mas ni menos que si no hu-

bieran hablado, y que entre discursitos y fiestas de Navidad llegará febrero ó marzo, y se cerrará la legislatura, quedando como estábamos antes que se abriera, y entonces volverá á abrir Cúchares la suya, y así vamos pasando la vida en esta nuestra España constitucional y torera.

La tarde estaba muy despejada y muy fria, al revés del horizonte europeo, que prosigue muy nublado y muy caliente. Sin duda por esta razon no hubo mas que una media entrada escasa: estaba la plaza como la Dieta de Viena durante la insurreccion. Las localidades de sombra se veian casi desiertas; todo el mundo habia procurado arrimarse al sol que mas calentaba; cosa muy rara en la plaza de toros, y muy comun fuera de ella. Esta corrida habia estado suspendida una porcion de semanas por el mal temporal, y ya creíamos que se quedaba en anuncio como la mediacion anglo-francesa. Al fin vino un dia en que se verificó: no hay plazo que no se cumpla; y parecieron los anunciados y deseados toros para mal de algunos lidiadores, como pareció al fin el tan deseado y tantas veces anunciado ejército húngaro para mal de los vieneses.

Abrióse la corrida bajo la vice-presidencia de Julian Casas y Cayetano Sanz. El presidente Cúchares y el ban de Croacia Labi se hallaban ausentes, creo que en Sevilla, y si no es allí, seria en otra parte, que ellos hacen lo que el Emperador de Austria, tan pronto emigran á la Moravia como al Tirol, porque igual potestad egercen en la córte que en cualquier provincia del reino. Con eso ya se sospechó que no faltarian en la corrida averias y percances, y así fué; pocas habrán sido tan abundantes en aventuras como la última de este año. Los toros pertenecian á tres ganaderías diferentes, todos por supuesto con distinta divisa ó bandera. Eran tres partidos que se disputaban el triunfo, otros tantos como se disputan en Francia la presidencia de la República; el republicano de la vispera, candidato Cavaignac; el republicano rojo, candidato Ledru-Rollin; y el socialista, candidato Raspail. Digo estos tres, porque si bien Luis Napoleon es el que cuenta hasta ahora con mas probabilidades de triunfo, el diablo me lleve si se sabe qué partido representa el ciudadano Luis Napoleon, ni qué nombre tiene el partido que le apoya, y eso que es el mas numeroso. Parece que debería ser el de los republicanos del dia siguiente, alias los moderados de ahora, alias los exaltados del tiempo de Luis Felipe, que es el

partido que queda. Pero no señor, este partido, capitaneado por Mr. Thiers, ha declarado públicamente que no quiere presentar candidato. Y el ciudadano Thiers dijo solemnemente en su semi-congreso de la calle de Poitiers: «Si me dan á escoger entre Cavaignac, y Luis Napoleon, me quedo sin ninguno; no quiero á Cavaignac, porque no es enteramente de los nuestros; tampoco quiero á Luis Napoleon, porque tampoco es de los nuestros. No quiero presentar candidato nuestro, porque seria dividir los votos que ha de tener Napoleon, y dar el triunfo á Cavaignac. Un torrente se ha levantado en Francia en favor de Bonaparte; nosotros podriamos detener este torrente, porque las nueve décimas partes de la Francia son de nuestro partido, pero no conviene ahora contrariar este tolle-tolle. Por lo que hace á mí, muchos departamentos me han ofrecido la presidencia, y he contestado que no la quiero; no presentemos candidatos; que cada uno en particular aconseje y vote lo que mejor le parezca.» Y de los doscientos representantes que se hallaban allí reunidos, solo treinta y siete opinaron por que se presentara candidatura; mas de ciento cincuenta votaron por que nó. De manera, hermano, que á Thiers le falta poco para hacer lo que el perro del hortelano; lo cual á mi gerundiano entender, encierra mucho *busilis*, y milagro será que quien empujó una vez la Francia hácia adelante, no tenga en mientes el empujarla otra vez hácia atrás; milagro será que ellos en su interior sean republicanos ni de la *vèpre* ni del *lendemain*; y quiera Dios que si hoy hay en Francia República sin presidente, no haya mañana presidente sin República. Y no digo mas aunque pudiera, porque salió el primer toro, de don Manuel de la Torre y Rauri, con divisa encarnada y escarolada.

Tambien los picadores eran de la familia de los *vices*, de manera que se podia llamar una *vice-corrída*. Llamábanse Bruno Azaña y Francisco Puerto. El primero se conoce que no está tan orgulloso de su nombre como Luis Napoleon, puesto que llamándose *Hazaña* ha tenido la modestia de suprimir la *H*, como quien dice: «los hechos mas que el nombre dirán lo que soy.» Era el toro de un oscuro indefinible como la situacion de la Alemania, y no porque en él hubiera mezcla de razas, pues era español puro, como hay pocos, aunque lo dicen muchos. Al principio no se fijaba, y hubo que capearle para llamarle á la cuestion. Ya se fijó y dió en tomar varas, y aunque al principio parecia que no sabia cornear, dejaba los caba-

llos en términos que despues se caian por su propio peso, como un ministerio que ha recibido una herida mortal. Asi sucedió á dos jacos, entre ellos uno rabon, alias colin; tambien cayó colin; item mas, Azaña y Puerto que iban encima, como á la caída de un ministerio va inherente la del sistema con que marcha, menos en España, donde por lo comun falla esta regla, y la caída de unos ministros no suele significar mas sino que subirán otros. Pusiéronle banderillas sin particular novedad, y salió á matarle el vice-presidente Casas. Al primer pase de muleta se le quedó el toro con el trapo en las astas: la bandera se pasó al enemigo, al modo que se pasó á los imperiales el primer regimiento de granaderos húngaros, del ejército que se llamaba libertador de Viena; lo cual allí y aqui fué de mal agüero, y asi sucedió. Allá el ejército húngaro no fué mas que á ser derrotado, y á ser causa con su aparicion tardía é inoportuna de que se rindieran á discrecion los Vieneses, que para un apuro, los húngaros; acá á la segunda suerte enganchó el toro al pobre Casas por el bajo vientre, y dándole una vuelta en el aire le hizo caer de cabeza. Los que vimos en el vestido de Casas la señal del rompimiento de las hostilidades por tan mal punto, le creimos tan muerto como el ministro Latour. Luego le vimos ir por su pié á la enfermeria, no fingidamente herido como el general Behm que mandaba el pueblo armado de Viena, y que el dia 30 en el ataque del palacio imperial se fingió mortalmente herido, y el 31 se levantó bueno y sano para mandar otra vez el fuego contra las tropas imperiales; ni tampoco como aquel jóven periodista de Berlin, que cuando la Dieta se hallaba asediada por las turbas de obreros armados de cuerdas y puñales, amenazando ahorcar ó apuñalar á los diputados, sin dejar salir á ninguno hasta que votáran lo que ellos querian, se fingió enfermo y le dejaron salir, y se fué á avisar á la guardia nacional, y acudió esta y ahuyentó las turbas; sino que Casas iba herido de verdad, que era lo peor del cuento.

Pero ¡oh milagros de la Providencia, que asi cuida de los toreros como de los hombres que tiene carne humana! El asta del toro no le habia penetrado, habíale hecho solo unos rasguños, y Casas volvió á salir á la plaza á matar el tercer toro, en medio de los aplausos del público, que el público español todavia aplaude, bendito sea el Señor, cuando se salva un hombre, mientras el público francés, el alemán, el húngaro y el austriaco, que se dicen mas civilizados que el nuestro,

parece gozar ó en matar ó en que se mate á los hombres, y allá vá esa comparacion para que juzguen cuál de los pueblos es el bárbaro. Pero volvamos al primer toro.

Salió á rematarle el suplente Sanz, que estuvo tan desgraciado y tan pesado, que ni el toro se moría ni él le mataba. Yo creí que se iba á estar así quince días como el general Auesperg, sin hostilizar ni ser hostilizado. El público ya pedía que le matara un centinela, pero el toro, que debía ser tan enemigo de los tribunales excepcionales como yo, al oír aquella petición se echó espontáneamente en tierra entregándose al cachete ordinario.

Era el segundo compatriota de la hija de Montpensier, esto es, sevillano, de la ganadería de Nautet, divisa celeste y morada, pero republicano rojo por el color, con una campanilla ó pinganillo sobre el morro, formada de su misma piel, que siempre estaba en movimiento pero que no sonaba, como las influencias secretas de ciertos monarcas que conocemos. Fué toro que se divirtió grandemente con los picadores; ya sacaba á Bruno de la silla y le hacía montar sobre el cuello del jaco, ya ponía á Puerto en las más extrañas y falsas posiciones, y siempre estaban como el Rey de Prusia con la Dieta, y como los Austriacos en Lombardía: bien que, ¿quién no está ahora en falsa posición, y quién está seguro sobre su caballo, y quién no pierde mil veces los estribos como Puerto y Azaña? Hasta la Legion académica de los banderillos estuvo muchas veces en peligro de ser hecha prisionera por aquel Windichgraetz.

Salió á matarle Sanz, y le dió una muy baja, casi tan baja como la cotización de los fondos públicos. Todavía el toro quedó con bastante vida para arrollar después á un banderillero, que en la huida cayó y soltó un zapato. Y no extrañen vds. que haga mérito de tan mínima circunstancia, pues en algo he de parecerme, yo FR. GERUNDIO, al capitán general de Cataluña, que según la *Gaceta* del 13 da parte al gobierno desde Cervera de que «el general Lersundi á su salida de Tiurana encontró la facción, á la que arrolló, causándole un prisionero.» Esto significa también que el capitán general del Principado salió por fin á campaña; me temo que las hazañas del hermano Córdova no sean también *azañas* sin *h* como las de Bruno. Hasta el cachetero estuvo desgraciado con el segundo toro, pues le costó cuatro golpes de mano.

De Coria del Río era el tercero, divisa lila y blanca, nuevo en esta plaza. Y á fé que en lo avisado mostraba bien no

descender del famoso *tonto de Coria*. Feo sí, porque tenía una cara berrenda salpicada de negro y blanco, que unido á la viveza de sus movimientos parecia la lucha del despotismo con la anarquía, que son dos fealdades juntas y muy subidas de punto. Cayetano sin embargo le saltó al trascuerno con el capote al hombro con bastante maestria: ojalá hubiera en cada pueblo de Europa un Cayetano que pasara por encima de la cara fea de la anarquía y del despotismo, y supiera darnos lo que es regular y justo, aunque esto no lo hizo Cayetano, porque la primera parte la puede hacer un torero, pero la segunda necesita de un primer espada de otra clase. No dejó mal puesto el bicho el nombre de la casta, mejor que los lidiadores el de la suya. Salió, como anuncié antes, el herido Casas á darle la muerte. Ciertó que estuvo desacertado el Salamanquino, y que se vió varias veces en riesgo de ser cogido de nuevo: pero tambien es verdad que se resentia bastante de la herida, y que le faltaban las garantías del hombre sano y libre. Agregábase á esto que el toro parecia hecho para comisario inspector de policia: porque desde que Casas le dió á la carrera una buena, aunque corta, de tal manera le tomó la filiacion el animalito que desde una legua le conocia y desde una legua le buscaba, lo cual le obligó mas de una vez á tomar el olivo. El público en general se hacia cargo de todas estas circunstancias, y compadecia á Casas y decia que hacia demasiado; pero otra parte mas exigente le criticaba y zaheria bruscamente porque no se iba derecho á buscar el toro. Sucedia lo que con cierta parte irreflexiva y exigente de otro público, que se empeña en que porque un escritor sea de la oposicion se ha de ir derecho y sin reparar al toro, lo mismo faltándole las garantías que si las hubiera, y sin mirar que el que una vez ha sido cogido por el toro y otras ha tenido que salvarse tomando el olivo, y mas si es tan conocido del toro que le tiene perfectamente tomada la filiacion y no le confunde con otro lidiador alguno, se va ya con un poco mas tiento, y como decia Casas: «Señores, ¿si conoceré yo mi estado y la maliciosidad del bicho?» «Porqué anda Carlos Alberto tan remolon en hacer otra vez la guerra al Austria, por mas que le azuzan los piemonteses, genoveses y lombardos? Pues no es por falta de voluntad, sino porque ya le hirió una vez el toro y sabe y conoce cómo las gasta.» Esto no lo dijo el Salamanquino, pero lo digo yo FR. GERUNDIO. Pidióse al fin la media-luna, mas apenas asomó á la plaza la enseña del sultan, picóle á Casas la negra hon-

rilla, se fué al toro, tuvo la suerte de enderezarle una buena, y le despachó, y le aplaudieron.

Hermano del primero era el cuarto y de su mismo pelo, y tambien cumplió con su deber. Los lidiadores fueron los que estuvieron de tan mala suerte que parecian lidiadores republicanos. No ganábamos para sustos. Caíanseles los caballos á los picadores cuando nadie se metia con ellos, y los ginetes caian tambien de bruces; gracias que caian en arena, y no en las aguas del Danubio como los pobres húngaros. Otras veces era el bicho el que los apeaba, y en una de estas estuvo Puerto por un rato como el puerto de Venecia, mas en peligro de ser asaltado que de que le alcanzara el armisticio: por fortuna acudió en su auxilio la escuadra de banderilleros izando las banderas de todos los colores, y el almirante Sanz le libertó distraendo perfectamente la atencion del enemigo. No estuvo Sanz tan feliz para matarle, pues no le pudo arrimar sino una muy corta de la cual no habia trazas de que muriera. El toro desde entonces tomó tal querencia á las tablas, que parecia haberlas hecho propiedad suya, dispuesto á no dejar arrimar á ningun socialista bajo cualquier capa ó disfraz con que quisiera cubrir el ataque. Asi estuvo la cuestion mucho tiempo, sin dar un paso decisivo atrás ni adelante como la cuestion de Sicilia, hasta que hubo que apelar á la intervencion estrangera; esto es, á la intervencion de un muchacho que desde la barrera acabó de introducirle la espada, y asi murió. Esto ya lo sabemos; ahora nos resta saber quién y cómo rematará la cuestion de Sicilia, pues el rey de Nápoles, lo mismo que Cayetano Sanz, no se ha atrevido á dar mas que una estocada á Messina, y los ingleses y franceses parece que no hacen gran cosa desde la barrera; de manera que Sicilia ni es de Nápoles, ni es reino independiente, ni pertenece al duque de Génova á quien se habia dado, ni al principe de Salerno á quien despues queria darse, ni está en paz, ni continúa la guerra, ni se sabe lo que es, como todo aquello en que de tiempo acá han querido tomar cartas los ingleses y franceses, que están mas desgraciados en sus negociaciones que los toreros de la tarde del domingo, que es cuanto hay que decir.

Pero el toro de la corrida fué el quinto, de los de campañilla. Aunque natural del Mediodía, como sevillano, parecia un guerrero del Norte, pues llevaba sobre la cerviz y testuz como una segunda piel sobrepuesta, al modo que nos pintan á

Atila. Y si no era un Atila, era un Windischgraetz, especialmente en esto de desarmar la guardia movilizada de la plaza, así de infantería como de caballería, y de disolver reuniones, no ya de diez personas como aquel Bohemio, sino hasta de dos. A juzgar por el genio de este toro, creo que si hubiera pertenecido á la especie humana, y hubiera sometido á Viena despues de una resistencia obstinada como aquel príncipe, hubiera dado un bando semejante al de 1.º de noviembre(1). El cual demuestra la razon con que temia mi lego TIRABUQUE que por término y remate de aquellas *estaciones* habia de quedar crucificada la libertad en Viena, y la razon con que él y yo sentimos que los pueblos hagan tales calaveradas que puedan conducir á tales resultados, en lo cual creemos mostrar que somos mas verdaderos progresistas que los que aquellas celebran y aplauden.

Bien esperimentó el picador Azaña y caro hubo de costarle el genio del animalito, puesto que despues de haberle causado una buena costalada y caido debajo del jamelgo, sacóle el toro de debajo del jaco enganchado por una pierna, y le arrojó á distancia de mas de tres varas. Su fortuna fué haber acudido tan á tiempo á salvarle el Salamanquino. Probablemente no tendrá tanta suerte el famoso tribuno de la insurreccion de Viena, Schutte, que ha sido cogido por Windischgraetz, como Azaña por el quinto toro, ni Kuster, ni los otros que han sido enganchados por los conquistadores. Tantos eran los peligros, que el Salamanquino no sabia á donde atender, y sucediale lo que á Radetzky en Italia, que si atiende á Milan se le insurrecciona la Valtelina, si sujeta á Chiavenna, se levantan Seriona y Brembona, y si manda tropas contra Venecia, se le pronuncia Como, y así está la Italia hecha una Liorna, y por eso ha salido Garivaldi de la otra Liorna á ponerse al frente de los insurrectos, que allí donde sabe que hay gresca y guerrillas, allí se va el ciudadano Garivaldi.

Algo mas acertado anduvo el Salamanquino como libertador de otros, que como matador. Desgraciadísimo estuvo en el quinto toro, y tanto que para no fatigar con la historia de sus desaciertos como él nos fatigó á todos, bastará decir que

---

(1) El bando de 1.º de noviembre se reduce á la declaracion de estado de sitio, disolucion de la guardia, suspension de la prensa, prohibicion de reuniones, y á las generales de la ley en casos tales.

hubo necesidad de hacer uso del arma alevosa llamada media-luna. Y esta vez no se quedó en anuncio y amenaza : al contrario, no quisiera yo que se realizárá tanto la que el Emperador de Rusia acaba de hacer al ministerio húngaro de Pesth (1), como se llevó á efecto la intervencion del sultánico instrumento. ¡Pero, oh fatalidad de aquella tarde! Hasta el Mustafá que le manejaba anduvo tan torpe, que parecia haberse propuesto renovar en el quinto toro el martirio doloroso y lento del desgraciado príncipe Lichnowski en Francfort. Lástima y rabia daba ver la torpeza del sacrificador y los lamentos desesperados de la víctima. Apartemos la vista de tan crueles escenas, demos por muerto al toro quinto, y vamos al sexto.

Era berrendo como el tercero su hermano, y no se portó mal, pues ocasionó algunos buenos porrazos, especialmente á un picadoreíto jóven que habia salido, muy lleno, se conocia, de ilusiones; pero que se le acabarán con la edad y la esperiencia, cuando él se penetre á costa de su cuerpo de lo que ciertas fiestas dan siempre de sí. Y pues que no hizo otra cosa particular, y apenas ya se veia, y á mí se me acaba el papel, concluiré diciendo que el ganado en general fué muy bueno y cumplió, y que hubiera sido mucho mejor si se hubiera corrido á los 30 grados de Reaumur y no casi á cero como estábamos aquella tarde; pero que los lidiadores estuvieron hasta el mas alto punto posible desgraciados, y asi no hubo mas que trabajos, percances, sustos y peligros. Lo propio que acontece con las formas de gobierno, que de poco sirve que ellas sean muy buenas, y si se quiere las mejores, si los encargados de su aplicacion y ejecucion ó no saben ó no quieren aplicarlas, ó disbarran como los lidiadores del domingo; que en ese caso, con buen ganado y buenas instituciones, todos serán sustos, peligros, percances y trabajos, como en la última corrida del año de gracia de 1848.

---

(1) El señor Emperador parece que ha intimado al ministerio húngaro que retire sus tropas de las fronteras de la Baja-Austria, pues de otro modo irá un ejército ruso de la Moldavia y de la Valaquia á sofocar la anarquía (*Nueva Gaceta Rhiniana*). De manera que ahora estoy viendo que van á cargar todas las plagas sobre los pobres húngaros.